

LAUREL

DESUBICADOS

María Sonia Cristoff



María Sonia Cristoff

DESUBICADOS

§

 LAUREL

A Nanook

MARÍA SONIA CRISTOFF nació en Trelew, ciudad de la Patagonia argentina, en 1965. Se graduó en Letras en la Universidad de Buenos Aires, y vive en la capital desde entonces. Trabajó en un anticuario, en una editorial, en una redacción; tradujo en una estancia de Tierra del Fuego los diarios de un colono anglicano, dio clases de inglés y talleres de crónica de viajes, tradujo una novela de Tim O'Brien (*En el lago de los bosques*) y otra de P.D. James (*Los hijos de los hombres*), fue residente del International Writing Program de la Universidad de Iowa y del programa Rayuela en Leipzig, Alemania. Hoy escribe regularmente en los diarios *Perfil* y *La Nación* y da clases en la Escuela de Escritores del Centro Cultural

Rojas y en la Maestría de Escritura Creativa de la Universidad Tres de Febrero. Armó una serie de antologías cuyos ejes se vinculan con su propia narrativa: *Acento extranjero y Pasaje a Oriente*, crónicas de viaje; *Geografías literarias: Patagonia*, una selección de narradores patagónicos contemporáneos; *Idea crónica*, una antología de autores iberoamericanos que experimentan en una zona de confluencia entre ficción y no ficción. Ese tipo de experimentación está presente en *Desubicados* y en el resto de sus libros publicados hasta ahora: *Falsa calma* (2005), un recorrido por pueblos fantasma de la Patagonia; *Bajo influencia, su primera novela* (2010) e *Inclúyanme afuera* (2014), novela que la sitúa como una de las narradoras más deslumbrantes de la Argentina actual, que no anda escasa de ellas. Todos sus libros han sido traducidos al alemán y publicados por la editorial berlinesa Berenberg.

UNO



Últimamente duermo cuando y donde puedo: veinticinco minutos en un viaje en subte; hora y cuarto en un colectivo; cuarenta minutos en la mesa esquinera de un bar —con anteojos negros y tratando de quedar dignamente apoyada contra la pared, como para que no vengan a despertarme o a echarme—; una o dos horas en el escritorio, abrazada al monitor; dos o tres horas en mi cama.

Esta temporada de insomnio empezó con la aparición de los nuevos vecinos. Se trata de dos ejemplares de la especie humana, macho y hembra, con un extrañísimo comportamiento sexual: a pesar de ser una pareja, tienen sexo cotidiano, y lo tienen siempre, absolutamente siempre, a la misma hora. A las tres de la mañana, más específicamente. Y no

exagero si digo que a la altura de mi oreja. Aunque viva en uno de esos departamentos de San Telmo tan celebrados por sus paredes anchas, antiguas, la nitidez con la que me llegan los sonidos es absoluta. El primer tiempo de convivencia con este hábito sexual de mis vecinos, debo reconocer, fue positivo. Renovó el sexo en mi matrimonio y mi fe en el matrimonio en general. Después, creo que agotado el primer mes, mi nivel de sexo y de fe volvieron a sus carriles normales. Los hábitos de mis vecinos empezaron a resultarme primero invasivos y después intolerables. Decidí que teníamos que mudarnos de cuarto, pero tal cosa no existe en los departamentos de San Telmo remodelados en los que todo, salvo el baño y el escritorio, ha pasado a formar parte de un ambiente solo y gregario. La única posibilidad que nos quedaba era recurrir al sofá cama que estaba en mi escritorio. Pasé entonces a dormir también en el lugar en el que pasaba todo el día trabajando. Encerrada entre esas cuatro paredes estaba: día y noche. Además, mi escritorio da al pasillo de la entrada del resto de los departamentos de San Telmo, lo que implicaba que a cualquier hora de la noche el resto de mis vecinos taconeaba en mi oreja, y a las seis de la mañana la portera barría en mi oreja.

Tuvimos que volver al entresuelo al que llamamos nuestro cuarto. Llegó un momento en el que ya no me despertaban ellos —los vecinos fogosos, quiero decir— a las tres de la mañana: me despertaba yo a las dos y media, como si fuera la encargada de organizar las medidas preventivas frente a la catástrofe inminente. Trababa las puertas con muebles pesados, subía a las mesas todos los libros y archivos que podrían haber quedado en el suelo, cruzaba cintas de embalar sobre los vidrios, en forma de cruz (eso me lo habían enseñado cuando vivía en el Sur, en el colegio, para prevenir los ataques de los ingleses durante la época de Malvinas), cortaba el interruptor de la luz. Las medidas, me di cuenta con el tiempo, hubieran sido muy útiles frente a un terremoto, una guerra o una inundación. Decidí mandarles una carta. Escribí unas líneas en las que hacía referencia a las reglas de urbanidad, los códigos de convivencia, la necesidad de descanso; incluso deslizaba algo acerca del respeto a la intimidad. Era una colección de eufemismos, un texto más apropiado para figurar en una normativa que para ejercer alguna influencia sobre el comportamiento de nadie. Puse mi nombre, mi número de teléfono, y pasé el sobre por debajo del portón de hierro que funciona

como puerta de calle del edificio contiguo, donde hay tres departamentos también remodelados.

Según mis primeros cálculos, los ruidos venían del departamento «2». Enseguida —al día siguiente, creo—, recibí un llamado de mi vecina. Y comenzó la escalada de eufemismos: ella no entendía, yo le decía que no se trataba de entender, ella me decía que ya había tenido quejas por los ruidos con la remodelación de la casa, yo le decía que no le hablaba de remodelaciones, ella me decía que últimamente le tiraban cáscaras de mandarinas desde el edificio vecino y que no le parecía una forma muy adecuada de resolver problemas, yo le decía que no vivo en ese edificio y que, además, no como mandarinas, ella seguía sin entender, yo le decía que no se trataba de entender sino de no hacer ruido en medio de la noche, ella me decía que los obreros no trabajaban nunca a esa hora y que además, me repetía, no entendía de qué le estaba hablando. Te estoy hablando de sexo, preferí decirle antes de que volviéramos a las mandarinas, etcétera. Se quedó unos segundos callada, como si le hubiera hecho una propuesta. Ojalá fuera yo, suspiró, y me dijo que iba por su octavo mes de embarazo.

Asumí que la solución no estaba en el género epistolar y llamé a un arquitecto. Propuso hacer

una doble pared con un material aislante en medio. El método era caro y él no podía asegurar su infalibilidad: para eso había que construir una doble pared también en el departamento de mis vecinos. No quise pasar por esto de equivocarme de departamento otra vez. Las noches en vela continuaron. Hace alrededor de un mes dimos con el nombre de un experto en acústica. Una autoridad indiscutible, dijo la persona que lo recomendó. Nos llevó un tiempo ubicar su número de teléfono, otro tiempo que viniera a estudiar el caso. Así dijo: estudiar el caso. Para saber de qué le estábamos hablando, necesitaba no solo ver la calidad de las paredes sino oír algún sonido proveniente del otro lado. Es que no se escuchaba ningún sonido nunca, salvo a las tres de la mañana. Entonces tendría que venir un día a las tres de la mañana.

Vino la semana pasada. Ni bien entró a casa y vio la solidez de las paredes me miró como si estuviera convencido de que los sonidos estaban únicamente en mi cabeza. El experto tenía esa mezcla de delgadez y agilidad que se da en muchos obsesionados

por algo, como si un tema los fuera consumiendo y vitalizando con el mismo nivel de intensidad. Fue directo a la pared medianera: empezó a pasar las palmas extendidas por la superficie, arrobado como un chico que toca la arena con la que construirá el castillo; los dedos tersos, como electrizados, se cerraban de pronto en un puño desde el cual emergían nudillos aparentemente capaces de dar el golpeteo justo. Nosotros no emitíamos palabra: yo hasta apoyaba con cuidado, para no interferir en la circulación de sonidos, la taza de té de tilo que estaba tomando.

Lo invitamos a subir al entepiso, donde los ruidos se escuchan, como ya le había explicado, con más precisión. Nos sentamos los tres en la cama; ya eran más de las dos y media de la mañana. ¿Y si justo esa noche algo —una enfermedad, una pelea, una pizca de normalidad— hacía que este par de ejemplares no copulara? De pronto nos vi a los tres ahí, como esos fotógrafos subvencionados por la National Geographic que tienen que pasarse días y días detrás de un árbol esperando el momento exacto en que el cocodrilo abre la boca para comerse al antilope que justo fue a tomar agua. ¿Cuál sería el límite de resistencia del experto? ¿Se iría a las tres y media de la mañana, o estaría dispuesto, como

los fotógrafos de la National Geographic, a irse solo cuando hubiera logrado su objetivo? ¿Tendríamos días, semanas de convivencia con el experto? ¿Habría posibilidad de armar una tienda de campaña en un departamento de San Telmo?

Los primeros gemidos me sacaron de esas cavilaciones angustiosas. Respiré aliviada. El experto se pegó a la pared —siempre con el oído izquierdo, me pregunto por qué— y, mientras los ruidos crecían, musitaba algunas frases en las que alcancé a oír, un par de veces, la palabra *interesante*. Ahora que tenía su muestra, que había terminado su trabajo de campo, digamos, pensé que podíamos bajar para que nos explicara el caso. Creo que le pregunté si quería una taza de té de tilo, pero me hizo callar con la mano y susurró algo acerca de la importancia de comparar las distintas intensidades. Con los gemidos y gritos finales giraba la cabeza lentamente de un lado al otro, como hacen los perros cuando escuchan un sonido que les intriga especialmente pero que todavía no logran descifrar del todo. Interesante, interesante, seguía después, mientras bajaba las escaleras. El tiempo —o mejor dicho las cosas que pasan con el tiempo: fundamentalmente remodelaciones y tráfico, aclaró, después, abajo, cuando concedió

tomar una taza de café negro— va produciendo un desplazamiento de capas y formando una suerte de canales zigzagueantes por donde los sonidos pueden trasladarse. Incluso con paredes como estas, tan anchas y sólidas, qué interesante. O algo así creo que dijo. Eran las cuatro y media de la mañana cuando terminó su explicación; yo iba por mi séptima taza de té de tilo de la noche y creo que ya entraba en mi cuarto mes de insomnio sostenido. Prometió escribirnos un informe para este jueves en el que nos hará una descripción del caso y detallará sugerencias. No quiero sugerencias ni informes, quiero soluciones. No somos parte de un comité de referato, somos un par de vecinos desesperados, estuve a punto de decirle, pero de pronto, en mi sopor, vi la secuencia entera —primero lo zamarreaba y después me colgaba de su cuello, vencida solo como uno puede sentirse frente a lo que cree su último recurso— y desistí. La acústica, recuerden, dijo en los escalones de la puerta de calle, cuando ya se iba, no es una ciencia exacta. La frase me da vueltas en la cabeza desde entonces. Faltan dos días para el jueves. Mientras, sido durmiendo donde y cuando puedo.